

Pierre Bourdieu y el capital simbólico

CECILIA FLACHSLAND

CAPÍTULO 1

El oficio del sociólogo

Lengua y lucha de clases. En 1789, el 80 por 100 del pueblo que hizo la revolución llamada «francesa» no hablaba francés, sino los demás idiomas que predominaban en el territorio: occitano, bretón, vasco, gascón. Para que todos los pobladores hablaran francés se llevó a cabo un proceso violento de colonialismo interno. Así nació la celebrada «unidad cultural» del pueblo francés. Pierre Bourdieu nació ciento cuarenta y un años después de la revolución que cambió el destino del mundo occidental. Su familia era de clase media baja. Vivía en el sur de Francia, en Deguin, Pirénées-Atlantiques. Hasta iniciar la escuela primaria habló gascón, que en esa época ya se llamaba «dialecto» y que actualmente está en vías de extinción. El dato hace cierto aquello de que «la infancia es una lluvia de la que nunca terminamos de secarnos del todo»: Bourdieu dedicó su obra a desentrañar la dominación simbólica (y la lengua es un lugar donde también se libra la lucha de clases).

1930: nace Pierre Bourdieu. Las vidas individuales no pueden reducirse a la época pero tampoco pueden comprenderse

Ingreso y selección. Sus investigaciones concluyen que, si bien el ingreso a las grandes *écoles de elite* [escuelas de élite] se basa exclusivamente en un examen nacional, la mayoría de los que entran pertenecen a las clases altas. En más de una ocasión Bourdieu agregó que su historia personal no contradice esta tesis. Todo lo contrario: el sistema permite la entrada de un número simbólico de estudiantes de clases inferiores para mantener la ilusión de la meritocracia.

A pesar de no haber hecho el recorrido institucional exigido académicamente —por ejemplo, el doctorado—, Bourdieu alcanzó el máximo reconocimiento. Fue profesor y director de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París desde 1964 hasta 1980. Desde 1958 hasta su muerte, en enero del 2002, a los 71 años, publicó una extensa lista de libros y artículos (difíciles incluso de citar en su totalidad debido a la cantidad de compilaciones temáticas que se han hecho en los distintos países). Desplegó una importante actividad como editor. Desde 1964 dirigió para la editorial Minuit la colección «El sentido común», que incluía títulos de lingüística, filosofía, teoría literaria, etnología y sociología. A partir de 1975 encabezó la revista *Actes de la Recherche*, un clásico dentro de las publicaciones dedicadas a la investigación en el campo de las ciencias sociales.

En 1981, después de haber rechazado la propuesta durante tres años consecutivos, aceptó el prestigioso nombramiento de profesor de sociología en el Colegio de Francia. Hay que recordar que por haber nacido en una zona rural del sur del país, en París era casi un extranjero y que Bourdieu sentía

«horror» por el mundo intelectual de la capital. Cuando aceptó el cargo debió respetar una vieja tradición, la de pronunciar un discurso inaugural ante el Colegio en pleno y un público destacado. El día que habló estaban, entre otros, Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault, los ministros de Cultura y Educación y el alcalde de París. Su amigo Löic Wacquant recuerda la angustia con que Bourdieu atravesó esa situación: «Hasta esa misma tarde pensaba no asistir». Fue como el rechazo del premio Nobel por parte de Sartre. No podía soportar la resignación que implicaba participar en ese ritual de consagración pública. Finalmente pronunció su discurso: «Una crítica sociológica del valor cultural asignado a los discursos inaugurales». Al día siguiente, el texto salió publicado en la primera plana de *Le Monde*, uno de los diarios más importantes de Francia.

En 1988, durante un congreso en Montreal, la Asociación Internacional de Sociología (ISA) realizó una encuesta: «¿Cuáles fueron los cinco libros escritos en el siglo XX que más le influyeron en su formación?». Después de Max Weber, Pierre Bourdieu fue el autor más votado. Sus colegas eligieron el libro *La distinción*.

Entre la comprensión y la urgencia de la calle

¿Profesión o compromiso? La obra de Bourdieu de los primeros años —los 60 y los 70— se desarrolla con el afán de dotar a la sociología de rigor científico. En aquella época hablaba de «comprender por comprender». Aunque siempre desplegó herramientas para «desenmascarar» la desigualdad y la

opresión, consideraba que la vida del científico debía ser «independiente» de la militancia política. Y lo sostiene en el momento en que Sartre encarna y difunde el modelo de «intelectual total». Esto es: el intelectual que, aunque apoye críticamente, se moja y toma postura sobre los procesos revolucionarios y de liberación que marcan al mundo desde los 50 hasta principios de los 70 (Vietnam, China, Cuba, Argelia, Congo, Chile).

Bourdieu permaneció más bien apartado del mayo francés del 68 y de las agrupaciones que se conformaron posteriormente. Visto hoy, resulta extraño imaginar cómo resistió la tentación de sumarse a ese movimiento en el que estudiantes, artistas, intelectuales y obreros tomaron literalmente París y decretaron una de las huelgas más importantes de la historia de Francia. Bourdieu no era un militante y mantenía distancias con los grupos de izquierda, del mismo modo que en los 50 lo hizo con el Partido Comunista al que, a diferencia de muchos otros intelectuales de su generación, nunca se afilió.

A principios de los 80 Bourdieu reafirma su postura sobre el papel de los intelectuales frente a la política: independencia respecto a todos los poderes y respeto por la tradición de la «izquierda libertaria», que según su punto de vista había sido sofocada por los aparatos de los partidos (una forma de criticar a los socialismos reales y al PC francés).

El 13 de diciembre de 1981 la Unión Soviética puso fin al proceso que el movimiento sindical Solidaridad estaba desarrollando en Polonia para llegar a una «democracia». El mi-

nistro francés de Asuntos Exteriores, el socialista Claude Cheysson, declaró que el gobierno francés (François Mitterrand había asumido la presidencia de la República el 10 de mayo del mismo año) no iba a intervenir.

El 14 de diciembre, Bourdieu, indignado por la indiferencia del Gobierno, llama por teléfono a Michel Foucault para proponerle redactar un manifiesto de protesta en contra de la actitud de la URSS y del Gobierno francés. Por otro lado, Bourdieu le propone establecer una relación con la central de trabajadores (CFDT) con el propósito de desarrollar entre el sindicato y los intelectuales una relación comparable a la que existía en Polonia entre Solidaridad y los ambientes culturales y universitarios.

«Hay que evitar que el Gobierno francés, al igual que Moscú y Washington, haga creer que la instauración de una dictadura militar en Polonia es un asunto interno que dejará a los polacos la facultad de decidir su destino por sí mismos. [...] Le recordamos su promesa de hacer valer contra las obligaciones de la *realpolitik* las obligaciones de la ética internacional», decía el texto, escrito por Bourdieu y Foucault, publicado por el diario *Libération* el 15 de diciembre y firmado por una gran cantidad de intelectuales y artistas.

Contra el posmodernismo. Durante los años 90, mientras se ponían de moda los finales (de la historia, de los grandes relatos, del sujeto, de las ideologías, de los Estados nacionales), Bourdieu abandonó totalmente la postura del intelectual que «comprende». Se sublevó contra el clima posmodernista y

reavivó la figura del intelectual crítico y comprometido, fundada, entre otros, por Emile Zola, Albert Camus, Jean-Paul Sartre, Michel Foucault...

«Los intelectuales exponen mucho en los coloquios, pero se exponen poco», dijo en una oportunidad y convocó a sus iguales a luchar contra el neoliberalismo a través de la creación de una internacional de intelectuales críticos, fundada en el «corporatismo de lo universal». Desocupados, inmigrantes ilegales, huelguistas, *okupas*, docentes, mujeres y otros grupos oprimidos recibieron su solidaridad a través de la palabra y de la acción. También ideó dos proyectos militantes con el fin de publicar textos destinados a lectores profanos: la revista *Liber* y la colección *Razones para actuar*.

Una de las intervenciones más polémicas fue la que realizó en diciembre de 1995 en medio de una huelga de transporte, que dividió a la sociedad francesa por igual. Bourdieu se presentó en el salón de actos de la compañía nacional de ferrocarriles para apoyar a los obreros y hablarles con una insolente sencillez. Le acusaron de retrógrado, populista y corporativista. Dos años después —cuando aparecían múltiples síntomas de la acción devastadora de las políticas neoliberales—, Bourdieu en una entrevista evaluó su actitud con relación a los huelguistas: «Puede verse que no fui tan irresponsable ni irrealista cuando sostuve, en diciembre de 1995, que la huelga tenía como objetivo defender las conquistas sociales de una fracción de los trabajadores y, a través de ellos, de toda una civilización, encarnada y garantizada por el Estado social, capaz de defender el derecho al trabajo, la vivienda, la educación».

Bourdieu alcanzó un privilegio extraño para un científico social: fue popular más allá de los límites del campo intelectual. Su voz trascendió los ámbitos académicos y circuló por otros espacios. Algunos de sus libros se convirtieron en *best-sellers* (*Sobre la televisión* vendió más de cien mil ejemplares) y sus declaraciones fueron reproducidas por los medios de comunicación masivos. Su obra teórica también fue atravesada por dos lógicas que siempre criticó, la del mercado y la periodística. En más de una oportunidad denunció el modo en que el campo periodístico, dominado por la lógica comercial, imponía una creciente coerción sobre los demás universos. Sin embargo, en lugar de mantenerse alejado, aceptó el desafío de meterse en las entrañas del monstruo para librar la batalla por el **capital simbólico**.

Lo que se dice. Así como alguna vez advirtió sobre la tendencia de los intelectuales al «esteticismo filosófico» y el «aristocratismo social», también llamó la atención sobre otra tentación que aparece cuando los científicos salen de su campo: la «esloganización» típica de los opinólogos que se quieren hacer pasar por sabios. El intelectual crítico está en las antípodas de ambas actitudes. Debe comportarse como un explorador con varios desafíos: encontrar la verdad; hacer una traducción que vuelva sensibles las cuestiones abstractas; destruir la falsedad, y hallar los instrumentos que le den fuerza a esa verdad.

En más de una ocasión se preocupó por destacar que el intelectual crítico no es ni el que sólo tiene buenos sentimien-

tos ni el que investiga a los que sufren para tener el placer de sufrir con ellos. No. El intelectual crítico está siempre en un lugar de tensión entre la intervención urgente y el uso de las herramientas de la ciencia para desnudar los mitos que los poderes construyen para afianzar su dominación. «*Si un astrónomo sabe que va a caer un meteorito y no lo dice, es un crimen*», explica Bourdieu. Un sociólogo debe actuar del mismo modo, de lo contrario «*corre el riesgo de no asistir a personas en peligro*».

«Yo no soy bourdiano»

«*Yo no soy marxista*», afirmaba Karl Marx; «yo no soy foucaultiano», decía Michel Foucault. Pierre Bourdieu menciona la humorada de ambos pensadores en el artículo *¿Qué es hacer hablar a un autor?* Afirma allí: «*Pienso que no se respeta suficientemente el esfuerzo de pensar cuando se fetichiza a los pensadores*». En lugar de levantarles estatuas y repetir sus teorías como dogmas propone cuestionar las obras y usarlas activamente.

Frente a la tentación de decir «según Marx» o «como dijo Foucault», Bourdieu sugiere no olvidar que las frases fueron dichas en un contexto textual (por ejemplo, un libro) y planteadas en un contexto social (no es lo mismo hablar frente a un auditorio en una universidad que en un estudio de televisión).

¿Qué es hacer hablar a Pierre Bourdieu? El francés dedicó su vida a la sociología, «a desvelar lo oculto», según su propia definición. Se burló de la rigidez de las fronteras disciplinares. Pasó por la filosofía, la lingüística, la historia, la etnología, la antropología y la sociología. Alguna vez, parafraseando a Flaubert, dijo: «Quisiera vivir todas las vidas posibles». La

sociología le brindó la posibilidad de penetrar en diversas experiencias humanas. Sus investigaciones se centraron en cuestiones bien diversas: el arte, la literatura, el desempleo, la formación de los altos funcionarios del Estado, las clases sociales, la educación, el deporte, la televisión, el periodismo, la relación entre géneros, la vida académica francesa.

Sin lógica unívoca. Estos temas que, en apariencia no tienen mucha vinculación, están relacionados por la trama de ideas y categorías que él ha elaborado. Para Bourdieu la sociedad no tiene ni una lógica única ni un conflicto central ni una autoridad global que la unifique. Lo que existen son diferentes **campos** con reglas propias (el científico, el artístico, el político, el religioso, el educativo).

Dentro de cada campo se producen permanentes luchas entre los **agentes** (individuales, grupos o clases) para modificarlo o, por el contrario, reproducirlo. Cada uno de los agentes que participa en la lucha está dotado de un **capital** distinto según ocupe una posición dominada o dominante. Hay tres tipos de capital: el económico, el social y el cultural. La tarea del sociólogo consiste en estudiar las relaciones internas y externas entre los campos.

Los campos le permiten al sociólogo acceder al conocimiento de la sociedad con el fin de dotar de historia a lo que a primera vista se presenta como «natural». Para poder hacerlo, el sociólogo debe primero reconocer que él también está en la historia (tiene intereses, lucha por cambiar el campo en que actúa o mantenerlo igual, posee un capital determi-

nado). Esto es lo que llama socioanálisis, la doble tarea de actuar y, al mismo tiempo, reflexionar sobre lo actuado.

Hacer hablar a Pierre Bourdieu es dar cuenta de ese cuerpo teórico, complejo y persistente. Hablar sobre él pero también interrogarlo. Porque en más de una ocasión Bourdieu ha emulado a Marx y Foucault y –superando lo incómodo de la expresión– ha dicho: «Yo no soy bourdiano».

CAPÍTULO 2

Huir del dogmatismo

- *«Existe una complicidad tácita de los dominados en la dominación».*
- *«Para que las clases populares pudieran descubrir que el sistema escolar funciona como instrumento de reproducción era necesario que pasaran por él».*
- *«La opinión pública no existe».*
- *«Nuestros gustos nos expresan o nos traicionan más que nuestros juicios. Y no hay nada más difícil de soportar que los “malos” gustos de los demás. La intolerancia estética puede tener una violencia terrible».*

Apropiación académica. Estas afirmaciones, elegidas al azar, fueron hechas por Pierre Bourdieu en libros, entrevistas y clases. En más de una ocasión son citadas fuera de su contexto, tal como se acaba de hacer en el párrafo precedente. La obra de Bourdieu –prolífica, sugestiva– circula en aulas universitarias, textos académicos y medios de comunicación. Dentro y fuera de Francia su influencia fue inmensa, equiparable a la de Foucault y mayor que la de cualquier otro sociólogo después de Durkheim. Como siempre